

LECCIÓN 23

Democracia e islam

Antes de afrontar la relación entre democracia e islam, es oportuno reconstruir cuáles fueron en el pasado las relaciones entre el cristianismo y el islam: dos religiones «fuertes» que se constituyeron como sociedades teocráticas fundadas en la voluntad de Dios y en la obediencia a Dios. Fuertes por ser monoteístas, «totalistas» (pedían la total sumisión del creyente) e intolerantes (prohibían la apostasía y perseguían la herejía). Fuertes también por ser «invasivas»: han de convertir, o en su defecto matar, a los infieles, a los heterodoxos, a los que creen en falsos dioses.

Durante aproximadamente mil años cristianismo e islam se han confrontado y combatido entre sí, hasta el momento en que, a partir del siglo XVII, la *res publica* cristiana se fue disolviendo y secularizando gradualmente, mientras que el islam seguía siendo una civilización teocrática. ¿Cómo ha sido? Paradójicamente nosotros

nos hemos secularizado como consecuencia de nuestras ferocísimas guerras de religión. Aquel baño de sangre entre católicos y protestantes fue terrible, y Europa, que quedó extenuada, demandó e impuso la tolerancia. Por el contrario, el islam nunca ha tenido guerras de religión comparables a las nuestras. Los wahabíes, los suníes y los chiíes tienen trifulcas entre ellos, pero a pequeña escala en comparación con las matanzas europeas.

Además, no hay que olvidar que el cristianismo se superpuso a la civilización romana y que nunca se apoderó de su derecho. El derecho canónico es un derecho interno de la Iglesia, mientras que el derecho de la sociedad europea siempre fue, en su organización, el derecho romano, y por tanto un derecho autónomo. En cambio, el derecho islámico no es, y nunca ha sido, autónomo. En segundo lugar, el cristianismo tampoco ha sido, a pesar de las Cruzadas, una religión armada comparable al islam, que es una religión guerrera, una fe que invade y conquista. Añádase que mientras que en el mundo cristiano el Antiguo Testamento se ve suavizado por el Nuevo Testamento, el Corán sigue anclado en el Antiguo Testamento: el islam carece de unos Evangelios.

Actualmente ese conflicto es asimétrico: Occidente es laico, el islam es religioso. Lo que sig-

nifica que Occidente no se propone exportar una fe religiosa, mientras que el islam quiere defender su fe y también difundirla. ¿Cómo se interpreta esa asimetría? Una tesis consiste en negar que nos encontramos ante un conflicto religioso (dado que la religión en pie de guerra es una sola); la otra tesis, en cambio, consiste en interpretar la simetría del modo siguiente: por un lado, hay un Occidente agredido, y por otro, un islam agresor.

El nudo que hay que deshacer es —en última instancia— cuál de los dos es el invasivo, si el islam respecto a Occidente u Occidente respecto al islam.

La cuestión es compleja. Si es cierto, que lo es, que Occidente es laico, que ya no se dedica a guerras de conquista y que el cristianismo ha dejado de ser una religión fuerte e invasiva, aun así, el hecho es que el islam percibe Occidente como un invasor cultural y como una gravísima amenaza.

Mi idea es que, sin querer, los invasores iniciales e iniciadores fuimos nosotros. Es una tesis que recojo de Toynbee, el mayor experto en la cuestión, que escribe lo siguiente: «Por primera vez en la historia de la humanidad surgió una civilización de carácter planetario que no conoce fronteras. Su potencia de expansión es prácticamente ilimitada, lo que la

convierte, más allá y al margen de cualquier intención, en intrínsecamente imperialista». Sigo citando: «La civilización occidental ha asediado literalmente a las demás civilizaciones y las ha colocado ante un desafío de enormes proporciones que posee la capacidad de agredir el código genético de las ‘culturas ajenas’».

Toynbee también pasa revista a las distintas posibilidades de las sociedades agredidas. Una de ellas es que la «sociedad agredida por las radiaciones culturales halógenas se halle en un estado de decadencia, o bien que sus estructuras de base manifiesten una rigidez tal que haga imposible una rápida y eficaz respuesta adaptativa». De ser así, está claro —lo repito— que los invasores somos nosotros. Lo somos involuntariamente. Pero la fuerza de expansión de nuestra tecnología y de nuestros instrumentos de comunicación es, de hecho, irresistible. La chispa que prende el fuego es nuestra. Es evidente, por otra parte, que si esa chispa desencadena un colosal incendio es porque el islam es todavía un sistema teocrático, es una civilización cansada o decaída que no tiene capacidades de adaptación y que, por tanto, reacciona con intransigencia.

La respuesta de Occidente a este problema es en parte contraproducente y en parte ingenua. Me refiero a la idea de que nosotros tene-

mos que encargarnos de la misión civilizadora de instalar la democracia en tierras islámicas. Así, mientras nos convencemos a nosotros mismos de que tenemos que «liberar» al islam, el musulmán percibe esa liberación como una agresión-destrucción cultural.